

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 917

MADRID 13 DE SETIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LA INFAME ESTABA VESTIDA DE BLANCO.....

UNA CALAVERADA.

Era un hermoso día del mes de octubre, de aquellos en que Madrid presenta la atmósfera azul y transparente. Fresca la brisa jugueteaba por entre los ligeros velos de las lindas damas, que de una en otra calle vagaban por la villa, solazándose en los vistosos puestos de antigüallas y bisuterías, esparcidos por dó quiera en plazas y callejuelas. Era la feria de la ciudad, como si dijéramos que era la época en que los habitantes de este gran pueblo arrojaban por el suelo para la exposición pública, desde la arrogante figura de Alonso Cano, hasta el desportillado puchero de Alcorcon; desde la chupa y bordada casaca de los gloriosos tiempos de Floridablanca y Campomanes, hasta la raída levita de un cesante en 1840, y &c. &c. &c.

Madrid se presenta con todas las galas de una estación privilegiada, cielo que encanta, sol que rejuvenece, noches que ilusionan y aire que dá vida. Aquellas horas del Otoño, aquellas horas tan apacibles, tan risueñas, que con tan rápida carrera pasaban sobre nuestra frágil existencia, horas que aumentaban los líricos amores, los placeres de la vida, los goces de la sociedad bulliciosa; aquellas horas tan amenas las pasaba el autor de este articulillo devanándose los sesos para contar á sus lectores, un tanto jocoso, algun lancecillo de los muchos que observa continuamente en la coronada villa.

Era el año de... de la era de N. S. Jesucris-

to. Los vendedores de los restos que fueron en otros tiempos ricos muebles y telas de tisú y oro, habian conseguido prorogar la feria mucho mas de lo que generalmente se acostumbraba, pero el último plazo concedido estaba ya para espirar, apenas se trasladase el luciente Febo á las celestes tierras del imperio Chino. Los jóvenes que de casi todos los rincones de la península llegaron á esta corte para matricularse de nuevo en sus cátedras respectivas, veíanse reunidos en grupos animados, ya en el pórtico del colegio de medicina, bien en los estudios de San Isidro, ó en el ex-convento donde se halla ahora establecida la Universidad de Alcalá de Henares.

Puesto en una esquina de la calle de Atochando frente á la mansion de Hipócrates, donde se enseña la ciencia de acortar los años á la ciega especie humana, mirábase un joven con graciosa postura, elegantemente vestido, rica cadena pendiente del chaleco y empañadas gafas que ajustaba con donaire á su ya gastada vista. Observé algunos instantes el no concluido edificio y echó rápidas miradas sobre los varios grupos de estudiantes. De repente y con el semblante agitado por una sensación profunda, se dirige con velocidad á uno de los grupos que tenia en torno suyo y abrazando con ternura á un joven modestamente vestido:

— Querido Eduardo! le gritó: ¡es posible! ¡al fin te vuelvo á ver!

— ¡Enrique! ¡Enrique! ¡amigo miol! ¿tú por estas tierras?

— Sí, y en tus brazos; al cabo de cinco años... ¡Cuánto me he acordado de tí!

— ¡Pues y yo!... Venga otro brazo. ¡Vive Cristo! que erel no verte mas en todos los días de mi vida.

— Ocho hace que te ando buscando y no parece sino que te escondias en el centro de la tierra. Por último creí que concluida tu carrera....

— Este año; en este año arrojé ya esos pesados mamotretos donde encerramos la vida de los hombres.

— Regocijome de verte tan grueso: buen color, ojos penetrantes y.... Vamos, tú sin duda no vivirás con las pócimas de Galeno.

— Los médicos somos como el cura que predicaba en nuestra aldea; «haced lo que os digo y no...» Pero hablemos de lo que nos interesa. ¿Cómo te ha ido con tus viajes? ¿Estuviste en París? Vaya que vienes hecho un mozo de provecho.

— Y con muchos deseos de que nos contemos mutuamente nuestras aventuras. Sin duda me tendrás preparado un saco de ellas, porque tú siempre fuiste calaverilla. Pues; y enamorado!.. Estela, Sofia, Adela y cuantas inocentes hacian cara á tus bellaquerías eran las víctimas... ja, ja, ja, todavía están zumbando por mi timpano aquellos gritos desahorados de la romántica Sofia.

— ¡Pobre Sofia! Chá, tarde conocemos el bien que he mos perdido. Aquellos arrebatos que la desgraciada tenia tan á menudo y que tú calificabas partos de su orgullo ofendido, eran, Enri-

que, amor puro y verdadero. Solo dentro del sepulcro vemos las virtudes de las criaturas.

— ¡Sepulcro! ¿qué dices! ¿ha muerto?

— Y sus hermosos ojos, su pecho de blanquísimo alabastro, tres años lleva ya cubriendo el invierno con sus nieves destructoras.

— Confieso que me entristece su muerte, porque, la verdad, te envidiaba la posesión de aquel ángel hechicero, y si no hubieras sido mi amigo, ¡vive Dios! que te disputo la Dulceina a sangre y fuego. Pero, ¿oye? ¿qué hacemos aquí? Despidete de esos buenos camaradas y daremos una vuelta por el Prado hasta las ferias, que hoy es último día. La mañana está convidando, y me da el corazón que hemos de hacer alguna conquista. Entre tanto me dirás de tu vida, que será cosa de hacer reír á los muertos.

Y dicho esto asió del brazo el atolondrado Enrique á su amigo Eduardo y partieron con mesurado paso hacia el paseo, flechando el lente de camino á cuantas damas dejaban ver sus luceros por balcones, puertas y ventanas.

— Buen mozo lleva la marquesa de... detras del coche por lacayo. ¿No has hecho tú nunca el amor á ninguna marquesa? Aquella dama tapada y sola... á cita me huele. ¿Conoces á ese viejo? El general... buen perillan; y con una ama de cría! ¿Oiste lo que dijo esa criada al pasar aquel oficialito? «A las seis, que el señor va á los toros.» Vaya, Eduardo, que el mundo está mas corrompido que lo estábamos nosotros en algun tiempo.

De esta manera hablaba sin cesar Enrique al silencioso Eduardo, que con cara risueña admiraba la locuacidad de su cariñoso *compañero de glorias y calaveradas*. Llegaron al salón del Prado y por un movimiento instantáneo, ambos dirigieron sus pasos al Retiro, riendo á cada momento por la sátira constante que Enrique prodigaba á cuanto pasaba por su vista.

— Puesto que ya me has dicho, mi querido Eduardo, que Sofia fué á guardarte al otro mundo la fé que te habia jurado en este, ¿quieres decirme ahora qué hiciste de Adela?

— Adela era una de aquellas mugeres que hablan de amor sin haberlo conocido, porque saben de memoria algunos trozos de las novelas de Walter-Scott, ó de las comedias caballerescas de nuestro inmortal Calderon. Algunas veces me hizo creer la pasion que me mostraba, pero me desengañaba de su cariño, cuando alterada la paz de nuestros amores la veia entregarse fácilmente en los brazos de mis rivales. Por último, y por recurso, segun ella me decia, se casó con un capitán inutilizado en las montañas de Arlaban. Despues no he sabido de su paradero.

— Estará haciendo de comandanta en un pueblo del interior, ó gobernando algun castillo roquero en las fronteras.. ¿Y Estela? ¿que le pasó á Estela?

— He ahí la muger que consiguió herir mi corazón con una pasion frenética. Ni todo el estudio que tengo hecho del corazón humano, ni las teorías de Gall, ni la filosofía de Platon, ni la penetración de mi vista sondeando el carácter original de Estela, lograron hacerme desentencantar y romper las ligaduras con que me aprisionaba aquella sirena. Sus palabras eran un bálsamo al oído y un veneno para el corazón. Si alguna vez rechazaba aquella melodía con que intentaba adormecer mi eterna desconfianza, volvia de nuevo á derramar en mi alma la ponzoña de los celos, y cien y cien veces que rompí las cadenas de mi esclavitud, tornaba infeliz mariposa á abrasarme en el fuego de sus cuganos.

— Con que al fin caiste en las mismas redes que solias tender á tus palomillas.

En las mismas, Enrique; porque me cegaba el cariño que la tenia y moria victima de sus seducciones. Me juraba amor por la mañana para venderme á la noche; y asi como Diógenes buscaba al hombre perfecto con una linterna en medio del dia, por el sentido opuesto, seria posible encontrar una muger mas pérfida con las tinieblas de la noche.

— Y conocido que la hubiste ¿porqué no tronaste con ella?

— Qué quieres, habia un no sé qué, una esperanza que me ofuscaba y me hacia retroceder en mis propósitos. Afortunadamente su orgullo y su codicia curó por último las llagas de mi corazón. Escucha y admirate de lo que voy á contarte. Ya sabes mi oposicion al matrimonio y el valor con que resisti, siempre las seducciones de mis amantes. Estela habia hecho nacer en mi pecho deseos mas positivos y duraderos, y no una vez sola le ofreci mi mano y mi fortuna. Cuando la hacia ya estos ofrecimientos entraba ya en su casa un Marques asturiano, zafio, flacucho, descortés, y con mas infulas que el mismo rey de Covadonga. A la luz de la luna de una hermosísima noche de mayo, Estela, apoyada su cabeza sobre mi hombro derecho, cubiertos sus ojos de gruesas lágrimas, me juraba fidelidad eterna sobre la tierra. Aquella noche mi corazón me revelaba que Estela me engañaba. Solia yo antes de irme á la cátedra por la mañana, entrar un rato en la parroquia que está en frente de la casa de Estela, desde donde divisaba su gabinete y recibia las citas por señas ya convenidas. Un dia caloroso en extremo, me acogi á la iglesia, y al dar una vuelta por sus anchas naves, me sorprendí al ver unas seis ó siete personas lujosamente vestidas, apiñadas en torno de un ministro de Jesucristo. Ya sabes que yo pezo un poco de curioso, y ¡cual fué mi asombro, mi rabia y aturdimiento al mismo tiempo, al ver á Estela de rodillas en un reclinatorio, devotamente leyendo en un devocionario, desposándose con el marques asturiano, que se hallaba á su izquierda, igualmente de rodillas! La infame estaba vestida de blanco, oriada su cabeza con una corona de flores, de la que pendia un velo blanco y transparente. Cubria la cabeza de los esposos un paño de raso carmesí claro, sostenido por don Luis de Mendoza, que es el don Agapito de los soñares, y por el primito de Estela, aquel de los anteojos. A su frente se veia el párroco y el papá, y á la izquierda el tío de la desposada, que es el capitán Chinchilla de nuestros dias. Los primeros impulsos de mi corazón fueron acometer á la pérfida, y reclamarle el juramento sagrado que habia prestado sobre mi corazón; pero la vista de aquel aparato y las tristes emociones que me acometieron, debilitaron mis fuerzas y perdi el sentido, cayendo sobre un banco de la misma capilla. Vuelto en mí me hallé solo, sostenido por el sacristán de la parroquia que me ofrecia algunos auxilios para calmarme: de todo lo cual le di las gracias y sali del templo; jurando venganza á la que tan vilmente me habia vendido.

— Y por supuesto te vengaste ruidosamente?

— Sí, me vengué; si se quiere de una manera algo majadera, pero que me ha hecho feliz.

— No te comprendo.

— Atolondrado con el suceso de la parroquia concebí equivocadamente que la mejor venganza era darle con otra muger en los ojos, y con

tales pensamientos formé estrechas relaciones con una hermosa jóven y me casé.

— ¡Eduardo! vaya, ¡tú te burlas!

— ¡Oh! no; y no creas que estoy arrepentido.

— Eso fué hacer completamente una calaverada.

— De otra manera juzgarás cuando veas á mi interesante Enriqueta. Para colmo de ventura me ha hecho ya padre de dos niños, varon el uno y que lleva tu nombre en memoria de nuestra amistad. Sofia se llama la niña, triste recuerdo de aquella desgraciada que perdió la vida por no haber comprendido yo el valor de sus amores.

Aqui llegaban de su conversacion los dos buenos amigos, cuando echando mano Enrique del reloj le dijo precipitadamente á Eduardo.

— ¡Chico, las doce! fuerza es separarnos, adios. ¡Ah! las señas, las señas de tu casa.

Dijo sacando una cartera de tafete, tachnada de estrellitas de nacar.

— Calle de... número... está corriente. Esta tarde sin falta daré un beso á tus niños. Perdóname por ahora; tengo una cita, portales de la Plaza... ademas, habita conmigo una bellísima rubia, á la que le aconsejé abandonase las frias orillas del Sena y se viniese á las márgenes del Manzanares. ¡Cuánto tengo que contarte! Adios, adios.

Y repitió un abrazo á su amigo, partiendo con ligereza desde el Retiro hacia la Carrera de San Gerónimo. Eduardo marchó á su casa, donde lo dejaremos por ahora para descansar nosotros de las tareas que hemos emprendido.

J. G. MOYA.

REVISTA DE TEATROS.

Se nos ha asegurado que son buenos profesores de gimnástica los jóvenes españoles que mañana se presentan en el teatro de la Cruz.

INDUSTRIA.

Consideraciones históricas acerca de los ferrocarriles y de las locomotivas. — Caminos de hierro en Inglaterra. — Caminos de hierro en los Estados Unidos.

(CONTINUACION.)

Los ferrocarriles terminados en dicho pais el año de 1838 son los siguientes, reducidos á leguas francesas de cuatro kilómetros.

De Londres á Greenwich 1 1/2. — De Liverpool á Manchester, 13. — De Birmingham á Manchester, 33. — De Bolton á Kengon y Leigh, 4 3/4. — De Cantorbery á Withstable, 2 1/2. — De Carlisle á New-Castle, 2 1/4. — De Comfrod á High Peak, 13 1/4. — De Leeds á Relby, 8. — De Leicester á Swanton, 6 1/2. — De Stockton á Darlington, 15. — De Withby á Pickering, 6 3/4. — En Clarenza, 12. — De Dublin á Kingston, 2 1/2. — En los alrededores de Glasgow, 14. — En otras varias líneas, 20. — Total, 177 leguas.

Los caminos de hierro, cuya construcción no está terminada aun, son los siguientes:

De Londres á Bristol, 45 3/4. — Birmingham, 44 3/4. — A Southampton, 30 1/4. — En North-Union, 8 1/2. — De Preston á Wire 7 3/4. — Total 137 leguas.

Resulta, pues, una suma de 314 leguas de caminos de hierro, que estarán muy pronto en circulación.

Si ahora consideramos el coste de cada una de estas líneas hallaremos un inmenso campo á profundas reflexiones, de las cuales podemos deducir algun provecho. (Continuará.)

TEATROS.

CRUZ.

Hoy no hay funcion.

PRINCIPE.

A las ocho de la noche.

1.º Sinfonia á toda orquesta.

2.º Se pondrá en escena la comedia nueva en dos actos, traducida del francés, titulada:

EL AMANTE MISTERIOSO.

PERSONAJES.

Doña Leonor... Sras. Lamadrid.
Doña Isabel... Corcuera.
Juana... Valero.
Eduardo... Sres. Romea (D. J.)
Bustamante... Sobrado.
Aribal... Guzman (D. A.)
D. Norberto... Norén.
Miguel... Pló.
Criado... Fernan. (D. J.)

5.º Pax-de-deux, bailado por Mme. y M. Finart.

ACTORES.

4.º Terminará el espectáculo con la acreditada comedia de gracioso, en tres actos, titulada:

EL MEDICO A PALOS.

PERSONAJES.

Paula... Sras. Fabiani.
Juliana... Córdova.
Martina... Vierge.
Bartolo... Sres. Guzman (D. A.)

Don Gerónimo... Fabiani.
Leandro... Garcia.
Ginés... Guzman (D. J.)
Lucas... Silvestri.

CIRCO.

Hoy no hay funcion.

IMPRENTA DE BOIX.